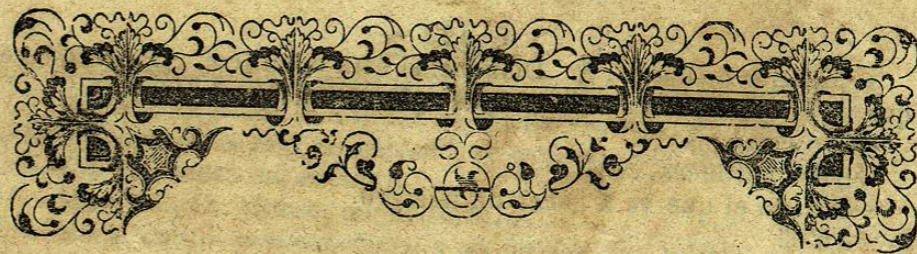




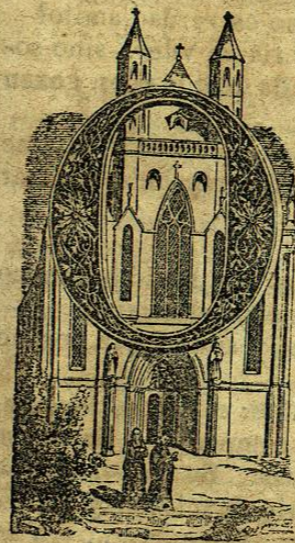
H. Iriarte dibujó.

Lito. de M. Murguía y C^a

EL RANCHERO



EL RANCHERO.



YGA, amo: qué vá á hacer la buena persona de su mercé con esa estampa?

—No conoce vd., D. Alonso, al personaje que representa?

—¿Personage. . . . ?

—Quiero decir, no sabe vd. á quién se le parece? A ver: véala vd. bien.

—Ya, ya caygo! Válgame *San Cuilmas*. . . !

Si ese cristiano estuviera un algo menos trasijao, dende luego deciba yo que era el mismito de mi compadre D. *Chuno*.

—Cabalmente él es.

—Mi usté nomas...! Dianche! si está edéntico! ¿Pero cómo es que lo han dibujao ya en estampa? ¿Hace milagros?

—No ciertamente.

—¿Pos antónces...?

—Vd. es el que va á hacer un milagro.

—¡Yo!!

—Usted.

—Con la vénia de su mercé, señor amo; me retiro.

—Aguarde vd. hombre.

—Amito, su mercé quiere divertirse conmigo.

—No, hombre; siéntese vd. y escúcheme.

—Hacer yo un milagro... ¡Vaya en gracia é Dios! Eso juera lo mismo, con enmienda de vd., que si la bestia que monto me deserrajara esa labia y esa verba que tiene su mercé.

—Don Alonso, ¿no me negará vd. un favor?

—Mande usté á su criado: yo estoy para servir á lo bueno.

—Voy á escribir el tipo del *Ranchero*, personaje á quien no conozco, bien que tal circunstancia no es necesaria para escribir en estos tiempos. Sin embargo, tengo alguna conciencia y necesito saber algo sobre los usos y costumbres de la gente del campo. Vámos, D. Alonso: dígame vd. como se pasa la vida allá en su tierra.

—¡Acabara su mercé de reventar! Hasta las últimas palabras no cai en la cuenta de lo que su mercé quiere hacer conmigo. Pues! usté solicita darles á los de la suidá el gusto de que se rian del *payo*, del *lechero*, del *boca é palo*, como vdes. nos llaman, no es verdad amito?

—No es verdad, D. Alonso; no quiero que se ria de vdes. sino solamente que se conozca la vida pacífica y tranquila de que vdes. gozan en el campo.

—Ah! pos antonces no tiene usté mas que dar un brinco y pasarse unos dias por *allá an casa*, onde será su mercé bien recebido á pesar de nuestra probeza.

—Gracias, D. Alonso.

—Haga usté un lado las gracias! Yo mandaré con mi hijo Pancho la mejor de mis bestias, y él le enseñará á su mercé el camino.

—Confieso, D. Alonso, que la idea me agrada, y si no fuera por no molestar á vd. ni á su hijo...!

—Nada de molestias. En un avío dos mandados: el muchacho quiere ponerse en gracia é Dios con la hija de mi compadre, y tiene que venir á la suidá á mercar sus trapitos pa la novia. Se va su mercé con él, y cate usté hay que le toca ver el casorio de mi hijo y las diversiones, que he propalado para ese mismo dia. Conque... ¿ya no tenemos que hablar?

—Hombre, mis ocupaciones...

—Les dá su mercé de mano.

—Y luego está tan léjos...

—Bah! eso es nada: la miseria de veinte léguas!

—Y á demas, el camino parece que está un poco malo.

—Eso es cuenta del andante.

—Mire vd., D. Alonso, mejor seria...

—Nada, amito: lo dicho dicho y ya no hay que hablar.

—Hombre, iba á decir á vd. ...

—Que cuento con su buena persona, ¿no es verdad?

—Es imposible!

—Antonces me hará usté un desaigne.

—No por cierto; pero...

—Ya! como semos probes!

—Escúcheme vd.

—Y se desdeña su mercé de tratar con los riústicos.

—D. Alonso!

—Si tan siquiera juéramos señores recortados, y pudientes, y con mucha verba, y...

—Basta, D. Alonso: cuente usted conmigo.

—¡Alabao sea Dios! Al cabo y al fin cada uno dá de lo güeno que tiene, y nunca puede su mercé negar quen es. Eh! no hablemos mas: la semana que entra aquí se topará usté con mi hijo y la bestia, Dios mediante. Agora con la venia de su mercé, amito, hasta la otra vista.

—Adios, D. Alonso.....

Y adios tambien, lector, porque dentro de media hora voy á ponerme en camino. El hijo de D. Alonso llegó ayer, y ha pasado la noche en el patio, echado sobre los sudaderos del caballo, pues fuéme imposible hacerle acostar bajo de techo y encima de un colchon. Hace diez minutos que el oficioso jóven vino á arrancarme de mi sueño, porque dizque la *guia* ha saltado ya, y muy pronto deberá salir el *lucero*, momento convenido para nuestra marcha.

No sé la hora que es. Olvidé dar cuerda á mi reloj; pero segun las ganas que tengo de dormir creo que la condenada *guia*, que ha comenzado á ser mi mala estrella, ha surgido en el horizonte antes de tiempo.

—Señor amo?

—¡No lo digo!—¿Qué hay, Pancho?

—Nos coje el dia, señor.

—Hombre, me parece que aun es muy temprano.

—Ojalá, señor; pero dende que aque el gallo ha cantado ya por tres ocasiones.

—¡Demonio de muchacho! ¡qué orejas tiene...! Yo no tengo gallo, ni creo que lo haya en las vecindades.

—¿Nos vamos, amito?

—Sí, hombre; aquí voy ya.

—Monte su mercé.

—Espera un poco: estoy helado.

—De verdá que se pone uno gafo con el frio! A ver, lo subiré yo.

—Diablo! qué vas á hacer...? Aguarda.

—¡Hu...pa!

—¡Huy! que me descuadernas!

—Jesus! si parece su mercé un zurrón!

—Gracias por la lisonja! Pero silencio: suenan horas, dejame oír. Han dado los cuartos, contemos...—Una... una... ¡Cómo! la una de la mañana...? Ya lo ves, Pancho?

—Muncho que mejor, señor amo: ansina caminaremos con la fresca.

¡Fresco habia quedado yo! El gahnápiro Pancho se acostó desde las siete de la noche, mientras que yo estuve en vela hasta las once y media. El habia roncado cinco horas, en tanto que yo apenas podia contar la quinta parte. Pero ya no hay remedio. El zaguan se halla abierto, y yo estoy en camino para el rancho de.... En este momento *no quiero acordarme ni del nombre.*

Pancho, arrebujaado en su manga azul, y calado el sombrero hasta las cejas, me tomó la delantera sin decirme una palabra para que le siguiese. Yo marché tras él, ó mejor dicho, mi caballo fué el que le siguió, y entonces conocí que el hijo de D. Alonso tenia mas confianza en la inteligencia del animal, que en la razon de un bipedo como yo, cuyos estremecimientos revelaban lo que el frio me hacia padecer. Dos horas pasamos sin hablarnos una sola palabra. Caminabamos por un terreno poblado de *mezquites, huizaches y nopales*, y mientras Pancho silbaba multitud de sonos que me eran desconocidos, yo dormitaba sobre el caballo, y mas de una vez estuve á punto de ir á despertar sobre la fresca yerba ó los punzadores cardos. Esto me hubiera sucedido al fin; mas por fortuna mi guia me despertaba de cuando en cuando y de un modo bastante original. A veces el brazo de algun árbol se interponia en la estrecha senda que proseguíamos, y entonces el buen Pancho, lejos de evitar aquel tropieso, seguia impertérrito la línea recta, doblegando con su cuerpo las flexibles ramas, que momentos despues descargaban su furia sobre mí, al tomar su primera posicion. En una de esas el golpe fué tan soberbio que estuve á punto de apearne del caballo contra mi voluntad, y por la parte mas innoble del inteligente bruto. El instinto me hizo buscar un apoyo en la cabeza de la silla, y mi sombrero fué el único que cayó á tierra. Entonces rompí el silencio:

—Pancho, mi sombrero.

—¿Dónde está, señor amo?

—¡Que sé yo! me lo has echado al suelo, y no descubro donde se halla.

—Dispéñseme usted, señor: creiba que su mercé venia mas atrás y que no le llegarían las ramas. ¡Soy un animal! y dice bien el señor mi padre cuando dice que yo debía comer rastrojo....

—Todo está muy bien, hombre; pero busca mi sombrero: mira que me voy á constipar.

—¡No lo quiera Dios! El *romadiso* es un accidente.... Ya ví el sombrero de su mercé. ¡Huy!

Pancho se dejó ir por un lado del caballo, y casi le ví tocar la tierra con la cabeza. Por un momento pensé que iba á estrellarse el cráneo contra el suelo; pero rápido y airoso volvió á enderezarse sobre su cabalgadura, poniendo en mis manos el sombrero prófugo.

—Tome su mercé, señor amo, y no se duerma porque vamos á entrar en lo mas espeso del monte.

—¡Qué he de dormir! Ya he oido que has venido *chiflando* la mayor parte del camino.

—¿Y lo he incomodao á su mercé?

—No, Pancho; al contrario: el último sonecito que chillabas me ha gustado sobre manera. ¿Cómo se llama?

—No sé de cuál dirá su buena persona.

—El último, hombre; el que interrumpiste cuando se cayó el sombrero.

—El último.... Ah! ya caygo: ¿y qué le ha cuadrao á su mercé?

—Mucho. ¿Cómo se llama?

—La *Media perra*, señor.

—¡Vaya un nombre original!

—Es una cancion que nos cuadra muncho á los payos.

—¿Conque es una cancion? ¡Buenísimo! Ahora mismo vas á hacerme el favor de cantarla.

—¡A qué su mercé! Si yo no entiendo de canto, amito.

—Cómo que no!

—Esta es la verdá por vida é Dios. Nosotros cantamos allá entre los breñales.

—Bien, ahora no estamos en ningun salon.

—Pero está su buena persona delante y....

—Vamos; déjate de cuentos. Canta.

—Pero, señor amito....

—Deja los peros y has lo que te digo.

—Pos solo porque no diga usted, señor amo, que soy un desatento voy á darle gusto á su mercé.—Ay! estoy atorsonao!

Mi guia despues de despejar su laringe por medio de una tos, lo